

ANALES 5

MUSEO DE AMÉRICA 1997

Artículo

**Afrontar la escasez:
el estudio de la América
prehispánica**

Alfonso Lacadena García-Gallo



AFRONTAR LA ESCASEZ: EL ESTUDIO DE LA AMÉRICA PREHISPÁNICA (1)

Alfonso Lacadena García-Gallo

Universidad Complutense de Madrid

OUCEI H CH E I G EB E J I E E U A

Hablar de América -de las culturas indígenas americanas- como objeto de estudio (y aunque usemos la expresión más restrictiva de *América prehispánica*) es, para empezar, una barbaridad. Estamos hablando de un Continente sumamente extenso y de un lapso de tiempo que abarca entre treinta y quince mil años (la imprecisión temporal no es culpa mía, sino de la inexactitud con que se data el comienzo del poblamiento del Continente). Para hacernos una idea, imaginemos unos estudios generales que se ocupen del análisis de una región de extensión equivalente a Europa y Asia juntas, a lo largo de un periodo de tiempo que va desde finales del Paleolítico hasta -según las regiones (volveremos sobre este punto más adelante)- el siglo XX, es decir, englobando el Neolítico, la Edad Antigua, la Edad Media y en buena medida la edades Moderna y Contemporánea. Y es que todavía arrastramos un concepto generalizante y simplificado de América -por desgracia sancionado en los planes de estudios-, el cual responde a la imagen superficial y simplista que desde la Conquista -primero española, luego europea- se ha tenido del Continente americano, sus culturas y sus gentes. A los ajenos al mundo de los estudios de las culturas americanas esta generalización les puede parecer aceptable, al fin y al cabo son todos indios. A los que investigamos temas americanos, nos parece -o nos debería parecer- un disparate.

DEFINIENDO EL OBJETO DE ESTUDIO: SOBRE EL CALIFICATIVO PREHISPÁNICO

Pese a que a simple vista el calificativo *prehispánico* resulta inocente, en realidad esconde varias interpretaciones. Según demos a *prehispánico* un sentido literal o lato, según empleemos un criterio cronológico o según lo entendamos puntual o procesualmente, nuestro objeto de estudio se va a modificar de forma significativa, ampliándose o reduciéndose. Vayamos por partes.

Una utilización literal del término *prehispánico* nos puede conducir a situaciones absurdas. Como hay culturas indígenas americanas que no fueron afectadas por los reinos hispánicos y, por tanto, nunca conocieron un periodo histórico *hispánico*, difícilmente podemos pretender que en algún momento hayan tenido el carácter de *prehispánicas*. Si bien es cierto que el calificativo *prehispánico* reconoce el protagonismo cultural, lingüístico y político del elemento hispano -castellano y portugués fundamentalmente- en el proceso histórico que se inició con la expedición colombina, en muchos aspectos *preeuropeo* o *preneoamericano* sería más adecuado y preferible. Así no excluiríamos otros componentes, como el franco y el anglosajón (tra-

1 Agradezco a Ana Verde, Conservadora del Museo de América, la invitación a participar en este II Curso Fuentes del conocimiento de América. *Aproximaciones disciplinarias* (17-21 de marzo, 1997). A Juan José Batalla y al Dr. José Luis de Rojas, profesores del Departamento de Historia de América II de la Universidad Complutense de Madrid, agradezco el estímulo recibido en la reflexión de las ideas aquí expuestas, celebrando esta nueva oportunidad de colaborar juntos.

ducidos en francés, inglés, canadiense y estadounidense), que intervinieron con posterioridad de forma igualmente efectiva en la extensa región norte del Continente americano. Es indudable que no debemos utilizar literalmente el concepto de *prehispánico*, y no lo haremos aquí.

Desgraciadamente, la necesidad de reflexión y matización no desaparece tras esta llamada a la no literalidad del término *prehispánico*. ¿Cuándo debemos considerar que la América indígena ha cruzado el umbral que separa la realidad prehispánica de la hispánica? ¿Con qué criterios vamos a conceder a las distintas culturas indígenas americanas la *cualidad* de ser prehispánicas o hispánicas y, por tanto, de considerarlas o desestimarlas como objeto de estudio? La postura académica tradicional elige como criterio diferenciador de lo prehispánico y lo hispánico su ubicación antes o después de ciertas fechas en las que se produce determinado acontecimiento. ¿Qué acontecimiento es éste? El momento en que un indígena americano es *tocado* por un europeo, ya sea de forma real (apresado, conquistado, absorbido, reducido, contactado) o de forma figurada (por ejemplo, jurídicamente, o cuando es simplemente avistado).

La primera fecha clave con que nos topamos es el 12 de octubre de 1492, fecha de todos conocida, ya que sirve de punto de partida para calcular las celebraciones de los Centenarios. En esta fecha se produjo el desembarco de un grupo de castellanos en una playa de una de las islas antillanas y un acto jurídico de toma de posesión del territorio con arreglo al ordenamiento legal castellano vigente. Es preciso que nos demos cuenta de que esta fecha puede tener una lectura doble: si consideramos que marca el inicio de un proceso histórico que después se reveló como de gran trascendencia, la fecha sin duda es significativa y fundacional; pero si queremos interpretarla en términos de incidencia cultural inmediata, la fecha es irrelevante. Lo mismo podemos decir de otras fechas fundacionales, como la llegada de los puritanos del *Mayflower* a las costas de los actuales Estados Unidos.

Creo que todos podemos aceptar que es exagerado pretender que el primer desembarco de Colón convierta todo un Continente de la noche a la mañana de prehispánico en hispánico, y que es mejor considerar para cultura un momento propio de contacto con el elemento europeo. Pero aceptar esta puntualización razonable conlleva importantes consecuencias. Si consideramos las fechas de contacto o de conquista como el momento en que las culturas indígenas dejan de ser prehispánicas, encontramos que esta conversión de lo prehispánico en lo hispánico fue en realidad un *proceso* muy largo que comenzó el 12 de octubre de 1492 y que no finalizó, según las zonas, hasta varios siglos después.

Pensemos que tan *prehispánicos* son los taínos de la isla Española de 1491, un año antes del arribo de Colón -o los mexica de 1518, un año antes del desembarco definitivo de los castellanos en las costas del actual Estado mejicano de Veracruz, o los nez-percé de 1876, de Montana, Estados Unidos, un año antes de la rendición definitiva del jefe Joseph al General Miles a las puertas de Canadá-, como los kreen-akarore de 1972, un año antes de que la prensa brasileña publicara la noticia de su *descubrimiento* en el Estado de Pará. Amplias regiones de Estados Unidos y Canadá no fueron conquistadas hasta la segunda mitad del siglo XIX, y no menos amplias regiones de Brasil han sido conquistadas a lo largo de este siglo. Si

atendemos a las fechas de pacificación de tribus indígenas brasileñas por el S.P.I. -Botocudos, 1911; Kaingang, 1912; Xokleng, 1914; Umotina, 1918; Parintintin, 1922; Urubús-Kaapor, 1928; Xavantes, 1946; Kayapó-Kubén-Kran-Keng, 1952; Kayapó-Xikrin, 1953; Kayapó-Mentukiire, 1953; grupos tupí Parakanán y Asurini, 1962 (Ribeiro 1971)- o si observamos sobre el mapa de Brasil los lugares en los que a comienzos de los años setenta se sospechaba -o se sabía a ciencia cierta por referencias de otros grupos ya conocidos- de la existencia de grupos indígenas que no habían tenido contacto con la sociedad occidental en su versión brasileña, vemos que un cierto número de grupos indígenas americanos han mantenido casi hasta el presente -casi hasta la celebración del Quinto Centenario del comienzo de la América hispánica- su condición de *prehispánicos*.

La frontera del Periodo Prehispánico de las culturas indígenas americanas no está necesariamente, según lo visto, en el Periodo Colonial (hispánico), sino que puede enlazar directamente con el periodo independiente de la Edad Contemporánea. Los periodos no se suceden en coordinación, empezando el siguiente donde termina el anterior, sino que se yuxtaponen. Puede haber grupos indígenas en el Periodo Colonial, sometidos nominalmente a la Corona española -y según ella-, que mantienen prácticamente intacto su acervo cultural prehispánico. Acabamos de tocar otro elemento importante de la discusión. ¿Y si prehispánico, en vez de responder a una ubicación cronológica respecto a un acontecimiento considerado fundacional, sirviera para calificar y describir una realidad cultural indígena americana como no modificada o aculturada por el elemento europeo? Si así fuera, resulta evidente que ni siquiera las fechas de contacto que hemos estado comentando no son las verdaderamente importantes. ¿Por qué la fecha 12 de octubre de 1492 ha de señalar la frontera entre lo prehispánico y lo posthispánico incluso para los grupos indígenas antillanos? Pensemos que, para los indígenas, el primer desembarco de los castellanos y la fundación del Fuerte Navidad justo antes del regreso de la flota a Castilla, fue poco más que anecdótico. Cuando los castellanos regresan por segunda vez a finales de 1493 y se encuentran arrasado el Fuerte Navidad, no debemos albergar ninguna duda de que se hallan frente a la misma realidad cultural no modificada de los indígenas isleños que se habían encontrado un año antes (con la probable salvedad de ciertas historias y chismes que se habrían incorporado al *corpus* oral de relatos locales).

Podemos enriquecer un poco más el debate si nos preguntamos además si no debemos considerar que existe una *gradación* en el carácter prehispánico -o si lo preferimos, en el hispánico- de los pueblos indígenas, una vez realizado el contacto. En ese caso el problema sería ahora establecer dónde radica la cualidad de prehispánico en una cultura indígena. ¿Qué porción del complejo cultural es el que nos indica sin ambigüedad la pertenencia de un grupo a uno u otro lado de la frontera de clasificación? ¿Es el vestido? ¿El idioma? ¿La tecnología? ¿Las prácticas económicas? ¿La organización política? ¿El mantenimiento de las estructuras de parentesco? ¿Las creencias religiosas? ¿Es la pureza racial? Desgraciadamente, no solemos considerar estos pasos en la gradación de la aculturación como piedras miliare que señalan una progresión en un mismo camino sino que los convertimos puestos de aduana que delimitan soberanías y legitiman esas formas de gobierno monocráticas que son las distintas disciplinas académicas.

Desde el punto de vista de la investigación, el rasgo principal que diferencia los grupos prehispánicos modernos sin contactar o recién contac-

tados de los grupos prehispánicos anteriores o contemporáneos a la llegada de los españoles es el procedimiento que vamos a tener que seguir para conocer sus realidades culturales respectivas y describirlas. No es más que un problema de fuentes de conocimiento y de métodos de investigación. Con los grupos prehispánicos modernos tendremos la excelente oportunidad de estudiarlos directamente, con encuestas y observaciones personales; a los grupos prehispánicos antiguos tenemos que estudiarlos indirectamente, a través de otras evidencias.

RECONOCIENDO LAS FUENTES PARA EL ESTUDIO DE LA AMÉRICA PREHISPÁNICA (2)

Fuente es todo aquello que pueda ofrecernos información acerca de nuestro objeto de estudio; todos aquellos *hechos* que -mediante los procedimientos apropiados y pertinentes a cada caso- podemos convertir en *datos*. En la búsqueda de estas fuentes de información interesa tener en cuenta algunas cuestiones:

- Aunque el objeto de estudio está delimitado en la cualidad -culturas prehispánicas- e incluso en el tiempo -fenómenos ocurridos hace milenios-, las fuentes que utilicemos para su estudio no tienen por qué estarlo necesariamente. Es decir, para el estudio de la América prehispánica del pasado no sólo sirven las fuentes que podamos datar como contemporáneas a la cultura, el periodo o el fenómeno estudiado.

Supongamos que queremos estudiar el poblamiento del Continente americano. Lo lógico -eso puede parecer- es buscar las huellas tangibles de dicho poblamiento -esos hechos que vamos a convertir en fuente-, y por huellas tangibles entenderemos todos aquellos restos que sobre el paisaje dejaron los primeros pobladores y que con las técnicas actuales somos capaces de recuperar. La Arqueología será la especialidad a la que concederemos patente de corso para realizar la tarea: buscaremos sus útiles, analizaremos su tipología, reconoceremos sus campamentos de habitación e identificaremos sus áreas de actividad económica, incluso hallaremos escenarios de caza. Con un poco de suerte podremos deducir el tamaño de los diferentes grupos y seremos capaces de sugerir un modelo para describir su organización social e inferir su mundo de creencias. Buscaremos estos restos por todo el Continente sin ideas preconcebidas, dejándonos guiar por las evidencias, para que la antigüedad de los yacimientos y su distribución geográfica sean los que delaten sobre un mapa las rutas de entrada y penetración de los contingentes humanos a quienes con el tiempo bautizaremos como indios. Acudiremos incluso a otras disciplinas, como la Geología, la Paleontología y la Paleobotánica para reconstruir el medio físico, el clima, la flora y la fauna que fueron contemporáneos a esa primera aventura.

Esta es la forma de proceder lógica. Pero la búsqueda de información es incompleta si nos quedamos en el análisis de los restos datados en esa época. Hay otros hechos susceptibles de ser convertidos en fuente de información de este fenómeno estudiado, y otras disciplinas que ofrecen su metodología para extraerla (3). Podemos encontrar también restos tangibles del poblamiento originario de América -deliciosos ecos- en las poblaciones indígenas actuales, en las que podemos considerar dos elementos principales y convertirlos en dos nuevas fuentes de información: las lenguas y el

2 Recomiendo la lectura de *Acerca de la definición y uso de las fuentes. Una perspectiva americana*, del Dr. José Luis de Rojas de la Universidad Complutense de Madrid, presentada como ponencia el pasado año en este mismo foro del Museo de América.

3 Mucho se comprendió de los asentamientos africanos prehistóricos observando las costumbres de habitación y caza de los pueblos nómadas de cazadores-recolectores actuales; mucho se comprendió en la interpretación de los restos óseos de un yacimiento analizando el comportamiento de los depredadores vivos y las marcas de sus dientes en los huesos de los especímenes cazados. Tanto se comprendió, que uno de los primeros mitos en la interpretación de la prehistoria del hombre -el mito del homínido como gran cazador desde sus orígenes- se desmoronó ante el soplo de la evidencia de las nuevas fuentes de información: los homínidos no se habían comido los ejemplares de animales con cuyos restos óseos aparecían mezclados los suyos propios, sino que *habían sido comidos* junto con ellos por un tercero, por ejemplo un felino, ése sí un gran cazador [vid. Binford 1988, cap. 2, *¿Era el hombre un cazador poderoso?*, y cap. 3, *Vida y muerte en la charca*].

código genético. Efectivamente, estudios recientes realizados a partir de estas dos fuentes han apuntado -de forma coincidente- la existencia probable de tres oleadas bien diferenciadas en el Continente Americano: una primera migración que dio origen a la mayoría de los grupos que ahora conocemos, pertenecientes al grupo lingüístico amerindio, y que ocupan la mayor parte del Continente; una segunda que entró poco después y que originó a los actuales hablantes del grupo Na-Dené, ubicados en Norte-América; y una tercera y última más separada en el tiempo, y que dio origen a los hablantes de la familia eskimo-aleutiana, habitantes de la franja norte del Continente (vid. Greenberg 1988, Lathrap y Troike 1984 y Ruhlen 1994).

- Las fuentes han de considerarse como algo *dinámico*. Hay fuentes en potencia a la espera de que se descubran o de que se identifiquen como posibles fuentes. Las fuentes cambian con el tiempo, normalmente porque se enriquece su número, y asimismo cambian con el tiempo las disciplinas que se ocupan de su estudio conforme se depuran y desarrollan sus técnicas y metodologías.

- La información que puede proporcionar una fuente no se agota con la inquisición de una sola de las especialidades: un dintel maya de madera tallada puede servir como fuente epigráfica si analizamos su texto escrito, como fuente iconográfica si estudiamos su representación y como medio de datación si sometemos una porción de su materia a la prueba del radiocarbono. Del mismo modo, según nuestros intereses podemos extraer del texto escrito información histórica o lingüística.

- No hay que confundir la fuente propiamente dicha con la disciplina que se encarga de su estudio. Es decir, la Arqueología o la Paleografía no son fuentes de la Historia. Fuentes son los restos materiales de los yacimientos y los textos escritos. Arqueología y Paleografía son las disciplinas que nos permiten recuperar la información y prepararla para el análisis histórico.

Podemos presentar en cuatro grandes categorías las fuentes con que contamos para el estudio de la América prehispánica:

1) Los restos materiales

Resto material es, evidentemente, un concepto sumamente amplio, que comprende desde una pieza aislada, por ejemplo una punta de proyectil -recuperada en contexto o no-, hasta un yacimiento complejo, como las ruinas de una ciudad. Restos materiales son también una pintura mural o un códice. Son realidades físicas. El interés del investigador puede agrupar o disociar restos materiales entre sí, dependiendo de los intereses de su estudio, pudiendo analizar restos materiales individualizados, como lascas de piedra o fragmentos cerámicos, o unirlos en complejos de materiales, como grupos de habitación.

La Arqueología es la ciencia que se encarga de la recuperación y análisis de buena parte de los restos materiales. Su tarea no sólo es sacar a la luz el objeto material o complejo de materiales recuperado, sino explicar cómo ha llegado allí y en qué condiciones, cuál es, en definitiva, el contexto y la historia del hallazgo. Si la Arqueología fuera sólo recuperar objetos, no

se distinguiría en esencia el trabajo del arqueólogo y del saqueador. No debemos confundir *Arqueología* con *excavación*, el fin con el medio. Aquí queremos dar un tirón de orejas a la Arqueología entendida en el mal sentido, la que se contenta con la extracción de los restos materiales y su publicación, sin abordar el necesario -y nunca negociable- paso de la interpretación. Tengamos en cuenta que excavar sin interpretar es como considerar que la Etnohistoria se puede contentar y considerarse ciencia con el hallazgo de un libro en un anaquel y su publicación facsímil. Esos son los primeros pasos. La exhumación de un yacimiento arqueológico es como el hallazgo de un documento en un archivo. Ninguno de los dos trabajos es por sí mismo investigación histórica. Son el preludeo, los prolegómenos. Sólo cuando interpretamos el material descubierto en los trabajos de excavación y utilizamos la información contenida en el texto paleografiado es cuando estaremos haciendo investigación histórica.

Ciertos restos materiales pueden agruparse en categorías específicas, dando entrada a otras disciplinas y otros especialistas, como los restos óseos humanos y animales, objeto de estudio de antropólogos físicos y paleontólogos, u otros restos orgánicos -por ejemplo los restos de comida absorbidos por el piso de estuco en una habitación-, objeto de estudio de especialistas en química. Otra categoría especial de restos materiales es la que constituyen los textos escritos, objeto de estudio de epigrafistas, paleógrafos y lingüistas, fuente importantísima por las características de la información que suelen contener, complementaria de la inferida por otros restos materiales. El acceso a la información contenida en estas escrituras es desigual en cuanto a su incidencia en la elaboración del discurso interpretativo de las respectivas culturas que la utilizaron, en parte por el distinto grado de conocimiento que tenemos de cada una de ellas, en parte por el contenido de los textos. Los textos mayas pueden ser paradigma de escritura útil; los textos zapotecos han de situarse hacia el otro extremo de la frustración por la casi total opacidad de sus textos; la escritura mexica ofrecerá pronto todo su potencial. Ni que decir tiene que textos escritos no son sólo aquéllos que emplean sistemas autóctonos de escritura indígena, sino que también pertenecen a esta categoría los textos realizados con el alfabeto latino llevado a América por los europeos.

2) Las lenguas

Los idiomas indígenas hablados actualmente o documentados desde el momento del contacto europeo son una fuente muy importante de información. La Lingüística es la encargada de su estudio. Si se busca reconstruir sus formas pretéritas, entrará en juego la Lingüística Histórica. La Lingüística Histórica nos puede informar acerca de qué grupos humanos han estado en contacto geográfico, qué comunidades han tenido preeminencia cultural, qué grupos son autóctonos o foráneos en un área determinada, qué antigüedad tiene la ocupación de un territorio por parte de los grupos que lo habitan, dónde situar la patria originaria de las diferentes familias de lenguas y qué rasgos culturales presentaban las distintas comunidades.

Estudio específico dentro de la lingüística es la Toponimia, fuente importantísima de información. (4)

3) Las poblaciones humanas

Como las lenguas, las poblaciones indígenas actuales son también fuente para el estudio de la América prehispánica. De su estudio se encarga

4 Dado que el estudio de las lenguas como fuente de la Historia no es tan popular como otras de las fuentes reseñadas, remito a una bibliografía básica donde se puede encontrar la metodología seguida e interesantes ejemplos aplicados: Campbell y Kaufman 1976; Ehret 1976; Greenberg 1988; Justeson et al. 1985; Kaufman 1976; Kinkade y Powell 1976; Ruhlen 1994.

la Antropología Física y la Genética de Poblaciones, analizando, respectivamente, las características físicas y el código genético de los sujetos estudiados. La Genética de Poblaciones se ha incorporado desde los años cincuenta a la investigación de la diversidad humana sobre el planeta. Las proyecciones hacia el pasado de sus conclusiones y unas cada vez más depuradas y adecuadas técnicas de extracción de datos e interpretación hacen que se convierta en uno de los frentes científicos del que tendremos que estar sumamente pendientes en los próximos años.(5)

5 Tampoco la Genética de Poblaciones es muy conocida como fuente de la Historia. Ofrezco una relación de trabajos que pueden servir de guía introductoria para la iniciación en tan fascinante tema: Cann, Stoneking y Wilson 1988; Cavalli-Sforza 1992; Cavalli-Sforza y Cavalli-Sforza 1994; Lathrap y Troike 1984; Laughlin y Harper 1988; Wilson y Cann 1992.

4) La cultura observada

En este apartado podemos englobar todo aquel elemento perteneciente al acervo cultural indígena que ha sido observado por los europeos en cualquier época y ha sido registrado por cualquier medio de reproducción: textos escritos (crónicas, gramáticas, descripciones etnográficas, colecciones de relatos), reproducciones gráficas (dibujos, grabados), reproducciones fotográficas, reproducciones sonoras (cintas magnetofónicas), películas, etc. El testimonio de un cronista, el de un antropólogo, la fotografía de una vivienda, la filmación de un ritual, todo es susceptible de convertirse en fuente para el conocimiento del pasado prehispánico remoto o reciente de los pueblos. Las disciplinas que se encargan de obtener esta información son, entre otras, la Etnohistoria, la Antropología -que engloba subespecialidades como la Antropología Visual, de reciente desarrollo-, la Paleografía, la Iconología y la Lingüística.

Una misma disciplina puede ocuparse de varias fuentes, del mismo modo que en el estudio de una misma fuente pueden confluír disciplinas distintas. Ciertas especificidades serán necesarias en cada una de las disciplinas para adecuarse más eficazmente al análisis del objeto de estudio. Pero, en esencia, el trabajo paleográfico sobre un texto latino colonial no debe diferir del epigráfico sobre un texto jeroglífico indígena; el trabajo lingüístico sobre un relato indígena actual ha de ser el mismo que se realice sobre un texto maya logosilábico. La Traductología ha de ser ayuda de ambos. Si queremos reconstruir las sociedades pasadas prehispánicas debemos estar formados como un antropólogo que estudia las sociedades actuales; si queremos reconstruir el patrón de asentamiento de una cultura pretérita, debemos trabajar como un geógrafo, un demógrafo y un urbanista; o, al menos, si no conseguimos dominar de forma satisfactoria varias disciplinas simultáneamente, debemos saber dónde acudir para buscar la información que nos falta.

AFRONTAR LA ESCASEZ EN EL ESTUDIO DEL PASADO PREHISPANICO

Algunas de las fuentes para el conocimiento del pasado prehispánico son muy variables en número según las culturas, por ejemplo, las fuentes escritas en escritura indígena (miles de textos jeroglíficos mayas, frente a unas decenas de textos epi-olmecas). Las condiciones ambientales inciden de manera determinante en la conservación -y, por tanto, recuperación- de restos materiales, sobre todo los de carácter orgánico. Muchos testimonios etnohistóricos son prolijos al describir determinadas culturas indígenas y, en cambio, tremendamente superficiales y anecdóticos al referirse a otros. La calidad de ciertas fuentes -en cuanto a potencial de información- no depen-

de de la realidad observada, sino del interés y capacidad del informador. Algunas lenguas están excelentemente documentadas desde los primeros momentos de la Colonia hasta el presente -como el náhuatl, el maya yucateco o el quechua-, y de otras apenas podemos reunir un léxico de un centenar de palabras. Hay muestras antropométricas basadas en mediciones de más de un centenar de individuos y otras en menos de una docena. Hay comunidades indígenas especialmente mimadas por los antropólogos -como los tzotziles de Chiapas, México- y de las que existen multitud de publicaciones, y otras que han recibido apenas la visita de uno solo. Es en este contexto donde debemos situar la expresión afrontar la escasez: como asunción de la extraordinaria desigualdad.

La cultura es un hecho complejo y extraordinariamente rico en sus aspectos y manifestaciones. La descripción completa de las culturas indígenas prehispánicas sólo puede abordarse desde el conocimiento de esa totalidad de aspectos y manifestaciones, y en muchas ocasiones sólo contamos con una parte de esa totalidad: algunos de sus restos materiales, o algunas descripciones de su lengua, o una referencia marginal de una costumbre o creencia en una crónica, o una frustrante -por incompleta- monografía etnológica. Es también con este sentido como debemos entender afrontar la escasez: como asunción de la limitación, conscientes de que contamos con una parte pequeña del total de la información que hubiera sido necesaria para la reconstrucción del todo.

Pero no debemos nunca interpretar afrontar la escasez como expresión sinónima de resignarse a la pobreza de información, sino como el reto de la *interdisciplinariedad*. No hemos de olvidar que el objetivo de nuestras investigaciones es la elaboración de un discurso descriptivo e interpretativo de las culturas indígenas prehispánicas, el más completo y riguroso que podamos realizar. El problema es que somos con frecuencia especialistas en una cultura, en el mejor de los casos en un área cultural, pero normalmente al mismo tiempo estamos especializados sólo en una de las disciplinas susceptibles de ofrecer información. Es decir, no sólo tendemos a limitarnos a estudiar una única cultura -o peor lo podemos poner, a un periodo preciso en una cultura-, sino que además somos sólo arqueólogos, etnólogos, lingüistas, genéticos, antropólogos físicos, iconografistas, epigrafistas, paleógrafos o sociólogos. Nuestra formación, interés, capacidad y disponibilidad nos ha hecho limitarnos al análisis de una o unas pocas fuentes. Pero si somos conscientes de ello evitaremos presentar lo que sólo pueden ser versiones sesgadas de la realidad como si fueran la realidad completa, y creémoslo.

Normalmente uno mira otras disciplinas como mira la gente que pasa por la calle en un día de lluvia desde la comodidad de un Café, generalmente con apatía, a veces con curiosidad, pero, desde luego, sin ninguna intención seria de salir a la intemperie. Además suele ocurrir que todo el rigor científico que nos exigimos a nosotros mismos y exigimos a nuestros colegas se desvanece cuando necesitamos -o nos conviene- emplear información de fuera de nuestro área o procedente de una especialidad distinta para apoyar una tesis determinada. Puede ser comprensible y disculpable que alcancemos resultados pobres -en cuanto a limitados- en la interpretación, por una pobreza de las fuentes; qué podemos hacer. Pero es injustificable que los pobres resultados sean consecuencia de nuestra pobreza como hermeneutas.

Es preciso que afrontemos el estudio de las culturas prehispánicas *imaginativamente*. Es decir, ávidos de información y de formación, sin dejar un solo rincón sin escudriñar, una sola posible fuente sin examinar, una sola disciplina, teoría o método de interpretación en los que iniciarnos curiosos. La interdisciplinariedad no es frecuente en los estudios prehispánicos americanos, donde cada uno es celoso guardián de su método y tradición y tremendo ignorante de las demás. Actitudes como ésta de Cavalli-Sforza -un investigador de Genética de Poblaciones, uno de los primeros en aunar la información genética, arqueológica y lingüística para la reconstrucción del pasado- han de empezar a ser comunes en nuestro campo de estudios mesoamericanos:

“Si conociéramos la historia de la humanidad, si mirando a un espejo mágico pudiéramos ver detrás de nosotros todo lo que han hecho las generaciones que nos han precedido, los datos de la arqueología y la genética se podrían explicar mutuamente, porque está claro que la historia de la humanidad es una sola. Dado que conocemos muy mal nuestro pasado y que las ciencias que lo estudian aportan a una sola verdad fragmentos distintos y a veces aislados, es importante lograr que puedan colaborar entre sí” (Cavalli-Sforza y Cavalli-Sforza 1994: 146).

- BINFORD, Lewis (1988): *En busca del pasado*. Editorial Crítica, Barcelona.
- CANN, Rebecca, Mark STONEKING y Allan WILSON (1988): Mitochondrial DNA and Human Evolution. *Nature*, Vol. 325, nº 1, pp. 31-36.
- CAVALLI-SFORZA, Luca (1992): Genes, pueblos y lenguas. *Investigación y Ciencia*, Vol. 266, nº 1, pp. 4-11.
- CAVALLI-SFORZA, Luca, y Francesco CAVALLI-SFORZA (1994) *Quiénes somos. Historia de la diversidad humana*. Editorial Crítica, Barcelona.
- CAMPBELL, Lyle, y Terrence KAUFMAN (1976): A Linguistic Look at the Olmecs. *American Antiquity*, Vol. 41, nº 1, pp. 80-89.
- EHRET, Christopher (1976) Linguistic Evidence and its Correlation with Archaeology. *World Archaeology*, Vol. 8, nº 1, pp. 5-18.
- GREENBERG, Joseph (1988): *Language in the Americas*. Stanford University Press.
- JUSTESON, John, William NORMAN, Lyle CAMPBELL y Terrence KAUFMAN (1985): *The Foreign Impact on Lowland Mayan Language and Script*. Middle American Research Institute, Publ. 53, Tulane University, New Orleans.
- KAUFMAN, Terrence (1976): Archaeological and Linguistic Correlations in Mayaland and Associated Areas of Meso-America. *World Archaeology*, Vol. 8, nº 1, pp. 101-118.
- KINKADE, M. Dale, y J. V. POWELL (1976) Language and the Prehistory of North America. *World Archaeology*, Vol. 8, nº 1, pp. 83-100.
- LATHRAP, Donald, y Rudolph TROIKE (1984): Relationships between Linguistic and Archaeological Data in the New World. *Journal of the Steward Anthropological Society*. Vol. 15, nº 1, pp. 5-22.
- LAUGHLIN, W. S., y A. B. HARPER (1988): Peopling of the Continents: Australia and America. *Biological Aspects of Human Migration* (Masete-Taylor y Laker, eds.), pp. 14-41, Cambridge University Press, Cambridge.
- RIBEIRO, Darcy (1971): *Fronteras indígenas de la civilización*. Siglo XXI, México D.F.
- RUHLEN, Merritt (1994): *The Origin of Language. Tracing the Evolution of the Mother Tongue*. John Wiley & Sons, Inc., New York.
- WILSON, Allan, y Rebecca CANN (1992): The Recent African Genesis of Human. *Scientific American*, Vol. 266, nº 4, pp. 22-27.